



## MEMORIA INTELIGENTE

Tuvo un accidente de tráfico. Estuvo muy grave. Tenía múltiples fracturas y una fuerte conmoción cerebral. A los pocos días, la gravedad y la conmoción se habían pasado, pero las fracturas necesitaron bastante más tiempo, como es lógico. Además, había otro problema. Le fallaba la memoria. No es que no recordara, pues se acordaba bien de todo lo ocurrido hasta el día del accidente. El problema es que no retenía lo que le pasaba ahora. Hablaba con normalidad, pero no recordaba lo que había dicho o escuchado unos minutos antes. Es decir, no «grababa».

Cuando por la mañana le preguntaban «¿qué tal la noche?», su respuesta invariablemente era «muy bien». Sin embargo, pasaba unas noches muy malas, ya que con tantas lesiones no encontraba una postura que le dejara descansar. Sin embargo, siempre decía que había pasado buena noche. No lo hacía por quitarle importancia a esas molestias, sino que hablaba con sinceridad: no recordaba nada, y sentía lo que todos sentimos cuando nos despertamos por la mañana y no nos acordamos de nada de lo que ha sucedido a lo largo de toda la noche, y tenemos entonces seguridad de haber dormido bien. Al no recordar sus dolores, para él es como si nunca hubieran existido. Es como si la naturaleza hubiera activado un misterioso mecanismo con el que se adelantaba a defenderle de esos padecimientos.

Afortunadamente, aquel trastorno de la memoria duró lo justo hasta que aquello pasó, y unas semanas después volvió a la normalidad. Todo aquello me llevó a pensar que el dolor reside, en gran medida, en la memoria. La sensación de sufrimiento se consolida cuando la imaginación lo recuerda y lo revive; si no fuera por eso, el dolor sería efímero y pasajero.

La mayoría de las personas sufrimos más por el reciclado mental de dolores pasados que por el daño real que en su momento nos hayan producido. Sufrimos no tanto por lo que sufrimos entonces -cuando se produjeron esos fracasos, cansancios, agravios, menosprecios, desconsideraciones, etc.-, sino por lo que sufrimos al revivirlos una y otra vez.

Un ejemplo. Si una persona deja que se adueñen de su mente los recuerdos negativos y críticos, puede encontrarse con que malinterpreta constantemente todos los hechos y palabras de los demás, y que los juzga con una dureza extraordinaria. Se encuentra con que su cabeza se ha convertido en una especie de ring de boxeo, por donde van pasando las personas con quienes trata, y los golpea uno tras otro con su crítica demoledora. Y puede pasarse así el día, todos los días.

Los dolores y molestias físicas son habitualmente muchos menos y mucho menores que los que produce nuestra propia psicología. No quiero con esto decir que todos los sufrimientos sean malos. El sufrimiento trae siempre consigo un mensaje y una enseñanza. Hay dolores que corresponden a errores o sucesos que no conviene olvidar, o al menos no olvidar del todo, pues nos ayudan a sacar experiencia y a mantener la sensatez. Y de la misma manera que el dolor físico nos avisa de que algo en el cuerpo no marcha bien, y gracias a eso procuramos poner remedio, los dolores interiores también nos avisan de que algo no funciona, y nos urgen a arreglarlo. Pero, si esos avisos no se saben interpretar, si no se aborda bien el sufrimiento, se producen nuevos sufrimientos, al rebufo de su continuo revivir en la imaginación, y esos suelen ser rigurosamente inútiles y dañinos. Y, aunque quizá al principio sean pequeños, con tanto ir y volver, una y otra vez, acaban dejando un profundo surco en la memoria.

La memoria no es como un simple almacén sin orden ni concierto. La inteligencia se demuestra en saber atesorar la información que realmente interesa y en saber aprovecharla. No debe solo almacenar, sino almacenar con inteligencia. Y, como ha escrito Jaime Nubiola, hay imaginaciones creativas, apasionantes y apasionadas, y otras mezquinas y empobrecedoras sobre uno mismo, sobre las propias posibilidades, sobre los demás. Y en la mayor parte de las circunstancias solo podemos comprender realmente a quienes nos rodean si pensamos bien de ellos. Por eso, la imaginación requiere un trabajo de purificación.

Alfonso Aguiló

## COMPARTIR

«El sabor del pan compartido no tiene igual», dice Antoine de Saint-Exupéry.

Muchos han hecho esta experiencia: el pan sabe mejor cuando se comparte. Vamos de marcha. Un viandante no se ha provisto de pan. Ha calculado mal. Le damos a comer de nuestro pan. Nuestro pan le sabe mejor a él y a nosotros. Está claro: el sabor no procede sólo del pan. El amor que hemos puesto en compartir añade al pan compartido un sabor especial. Y también la amistad que nace de él. En cada eucaristía, el celebrante parte el pan y lo reparte. Cumple así lo ordenado por Jesús en la última cena. «Tomad, esto es mi cuerpo». En este pan partido y compartido gustaron los apóstoles a Jesús mismo, que les amó hasta el extremo, que se dejó romper por ellos para que su vida no se rompiera, que entregó su vida por ellos para que también ellos compartieran su vida de manera nueva.

Un joven ermitaño se dirigió al Abad, confiándole sus penas: a pesar de la oración, la meditación, el trabajo y la penitencia, se encontraba amenazado por pensamientos impuros. El Abad le aconsejó: «Cambia de trabajo, encuentra nuevas inquietudes. Inventa una nueva estera para reposar, distinta de la que tienes».

«¡Qué consejo más extraño!», pensó el monje. Pero se puso manos a la obra; se mantuvo ocupado todo el día y con gran alegría mostró la nueva estera al Abad. Pero... al día siguiente, volvieron los malos pensamientos y el joven volvió a ver al Abad: «Padre, el demonio sigue atormentándome. ¿Qué puedo hacer?».

«¡Ah, sí!, ¿eh? Pues tú invéntate otra estera».

La cosa continuó así durante algún tiempo: las estereras que salían de las manos de aquel joven ermitaño eran cada vez más bonitas y elaboradas, pero la acción impertinente del Maligno no cesaba y el monje pasaba dificultad. El consejo del Abad era siempre el mismo: «¡Ánimo!, otra estera distinta».

Toda la región fue invadida por originales tejidos de juncos: hasta que, entusiasmado por el éxito, el monje se dedicó a aquel trabajo. De esta forma, el diablo se cansó: «Con este monje ya no hay nada que hacer: su mente está ocupada con pensamientos alegres, y por la noche está tan cansado que se duerme enseguida. Cuando se piensa en Dios, se reza y se trabaja así, se está contento, y a mí no me queda nada que hacer».

Todos sabemos la importancia de la poda en los árboles, en los rosales... También en nuestras vidas hace falta "poda". Es necesario cortar vicios, para que florezcan virtudes. Y he pensado que una de las cosas que puede convenirnos "podar" un poco a todos es la lengua. Claro está que no con unas tijeras, sino sabiendo callar cuando es debido.

He leído estos días que un autor decía: "Los labios deberían de ser como la puerta de casa. El arte de abrir y cerrar la puerta a su tiempo debería trasladarse al arte, más difícil aún, de abrir y cerrar la boca a su tiempo". Según él existe un arte de hablar y existe también un arte de callar, de guardar silencio.

En la pared del comedor de unos amigos había colgado un pequeño cuadro, en el que leí lo siguiente: "Callar de sí mismo es humildad; callar los defectos ajenos es caridad; callar palabras inútiles es dominio de sí; callar a tiempo es prudencia; callar en el sufrimiento es heroísmo."

Ranwari, de 14 años, advierte que en Rajasthan (India), un automóvil atropella a una viejecita y huye veloz. Al verla caída, algunos decían «está muerta»; pero Ranwari se agacha; siente que late el corazón, y corre a buscar un taxi que la lleve al Hospital. Así le salvó la vida.

Lo fácil es decir que algo no tiene solución y que no puede cambiar.

Lo difícil es hacer lo posible para que la tenga.

## DE PESCA Y PECES

Mons. Rousseau, obispo de Puy de 1925 a 1939, dijo en cierta ocasión al P Céllier, gran apasionado de la pesca que era bueno tener una distracción, pero que no convenía dedicarle demasiado tiempo. Este le contestó: «Monseñor, abra el Evangelio y verá que en él nunca se habla de canto. Excepto una vez: "Y cantó el gallo"... En cambio, de la pesca se habla en todas las páginas».

La observación del P Céllier no era completamente exacta, pues también se habla de música cuando vuelve el hijo pródigo y también en la breve parábola (Lc 7,32) donde se dice: «Tocamos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis». Pero es hermoso el realismo del Evangelio. Pueden decirnos todo lo que quieran sobre el origen del cristianismo. Desde hace cincuenta años, se ha respondido a todas las preguntas que aparecen periódicamente en libros lanzados al mercado con grandes apoyos publicitarios o en emisiones televisivas. Cada vez que surge un ataque, un exegeta retoma el trabajo para responder punto por punto y repetir que el Evangelio es algo creíble. Nuestra fe es histórica. Es «apostólica», es decir, que se basa en lo que los apóstoles vieron con sus ojos, oyeron con sus oídos, tocaron con sus manos, olieron con su olfato y saborearon comiendo con Jesús. El Evangelio es la experiencia concreta de unos hombres y unas mujeres que tenían los pies sobre la tierra.

Lo cual no obsta para que el Evangelio utilice también el lenguaje simbólico. Ambos van unidos. Por ejemplo, ¿contaron realmente los apóstoles los ciento cincuenta y tres peces de la segunda pesca milagrosa? Los peces se escurren de las manos. Pero contemplemos este número desde otro punto de vista. 153 es un número que se obtiene disponiendo en líneas sucesivas 1, después 2, después 3 puntos, etc., hasta 17. Esos puntos forman un triángulo cada uno de cuyos lados consta de 17 puntos. Ahora bien, 17 es la suma de 10 -utilizado en hebreo para representar una multitud -más 7- número perfecto que significa la totalidad. El número 153 es, pues, o puede ser símbolo de muchos peces o también un símbolo de todo el universo. Lo cual quiere decir que la red de san Pedro es lo suficientemente resistente como para contener a todo el universo. La red es el Reino del Padre.

¿Por qué se simboliza con un pez a Jesús durante siglos, y también en nuestros días? En griego, pez se dice *Ictis*. Cada una de esas letras es la primera de una palabra cuyo conjunto forma en griego una frase que significa: Jesucristo Hijo de Dios Salvador. Todo encaja.

